

medio del patio, que se conserva en estado natural, cubierto de madera y de mata baja, es donde Jesucristo enseñó el Padre Nuestro á sus discípulos. Por una rasgada ventana abierta en uno de los muros, se ve una pequeña capilla blanca como el ampo de la nieve; en medio de esta capilla se levanta un sepulcro de mármol de Carrara, sobre cuyo sepulcro descansa una estatua yacente de hermosísimo rostro: es el sepulcro que allí tiene preparado para sí la jóven y simpática princesa de la Tour de Auvergne, y en un ábside practicado en la pared, junto á su mausoleo, se descubre un copon, segun creo de plata, en el cual conserva la princesa el corazon de su padre. Esta jóven, bella y rica princesa, de sentimientos profundamente religiosos, de carácter especial, señora del gran peristilo del *Pater Noster*, fundadora y sostenedora del couvento de monjas, que se levanta junto á la cumbre del monte Olivete, vive parte del año con su esposo para disfrutar en su compañía los encantos de la vida doméstica, parte del año pasa viajando, y lo restante lo deja deslizarse en la plácida soledad del convento que ella ha fundado.

En uno de los ángulos del magnífico patio se abre una puerta que, despues de bajar una escalera de bastantes peldaños, da entrada á una cue-

los peregrinos, son: siriaco, caldeo, latino, polaco, español, portugués, georgiano, italiano, francés, samaritano, sueco, breton, tibetano, canadiense, tártaro, sanscrit, chino, etiope, copto, indio, kurdo, hebreo, armenio, árabe, turco, aleman, inglés, moscovita, danés, slavo, noruego y griego.

va. Pretenden algunos que en esta cueva compusieron los Apóstoles el CREDO, pero esa pretension es errónea, porque existen grandes razones para creer que el CREDO fué compuesto por los dichos Apóstoles en la misma habitacion del Cenáculo.

Cuando salimos de aquel agradable lugar, llamado el *Pater Noster*, montamos en nuestros burros. Serian las cinco menos cuarto: el sol se ponía á la espalda de Jerusalem, y las cúpulas del Santísimo Sepulcro se dibujaban en un cielo azul teñido de púrpura y de nácar. A las cinco en punto de mi reloj llegamos fray Manuel Yuvero, D. Carlos Español y yo, precedidos siempre del múcaro, á otro de los puntos que más despiertan en la Palestina el interés del historiador y el fervor del cristiano: llegamos á la cumbre del monte Olivete, donde Jesucristo, al frente de ciento veinte personas, entre las que se encontraban sus once discípulos y su Santísima Madre, la bella, la sin par, la purísima María, se remontó á los cielos dejándonos grabados en una roca sus sacratísimos piés.

En el lugar de la Ascension, que tantas vicisitudes y tantos cambios ha sufrido con los siglos, se levanta hoy un grupo de edificios árabes, entre los que descuella una pequeña mezquita con su erigido y elevado minarete, que no es más grueso que una de las columnas que conocemos en Europa. Este pequeño grupo de casas forma la aldea llamada ZEITUM, coronamiento del célebre monte

Olivete, nombrado por los indígenas DJEBEL-ZETUM ó DJDBEL-ET-TUR. Despues de hablar nuestro múcaro con un fornido musulman, que estaba sentado en la puerta de la mezquita, y despues de entregarle de mi parte un BATCHIX, entró el musulman á su casa por una llave, mientras nosotros nbs apeábamos de los burros; abrió con perezosos movimientos la puerta de la mezquita, y penetramos en ella todos llenos de fervor; yo lleno de ansiedad, de interes y de fervor. Aquella célebre, aquella importante mezquita es un octógono con ocho pilastras, una en cada uno de los ocho ángulos que forma la union de los planos ó paredes que la constituyen; su diámetro es de ocho metros escasos; su altura gallardamente proporcional á su anchura, y termina en una media naranja, ó mejor en una bóveda en forma de hemisferio. Casi en el centro de la mezquita, aunque no exactamente en él, se ve una peña calcárea muy dura, de 30 centímetros de largo por 70 de ancho, rodeada de planchas de mármol blanco; en aquella peña, que está al descubierto, pues las planchas de mármol que la rodean, no la cubren; en aquella roca, hoy santa, puso Jesus los piés cuando, habiendo terminado la redencion del género humano, se elevó á los cielos con grata suavidad, con dulce lentitud, dejando en ella impresa, como último testimonio de su vida carnal, la huella de sus dos piés. Peregrinos de todos los países del mundo acuden afanosos á contemplar de rodillas,

á besar aquella santa roca, que tambien nosotros besamos con recogimiento. Y mientras rendimos este culto á tan misteriosa piedra, el árabe fornido que nos acompañaba, de pié junto á nosotros, nos miraba con respeto; que los musulmanes de Oriente, al ménos hoy, no solo no se burlan de los cristianos, sino que los respetan, y respetan su culto, y aman á Cristo, á quien creen *el espíritu de Dios*; y aman á María á quien proclaman *la más grande, la más santa, la más pura de las mujeres...* Estas son las mismas frases que yo he oido pronunciar á algunos musulmanes.

Debemos hacer aquí una advertencia, que me llamó sobremanera la atencion. La huella del pié de Cristo, estampada en la dura roca, ofrece un aspecto maravilloso: no parece grabada, no parece esculpida, no; parece hundida, suavemente hundida, cual en una masa de blanda cera, en aquella peña, que se conserva para asombro y veneracion de las generaciones presentes y venideras. San Cirilo, San Jerónimo con otros santos padres, y una tradicion nunca interrumpida, aseguran que Jesucristo dejó señalados en aquella peña sus dos piés; hoy no se encuentra sino la huella del izquierdo: y es opinion corriente entre los cristianos de Jerusalem, que los musulmanes serraron la piedra por medio; se llevaron la mitad de dicha piedra con la huella del pié derecho, y la incrustaron en uno de los elegantes muros de la mezquita llamada El-Acxa, que se levanta frente á la gran mez-

quita de Omar, cuyas dos mezquitas nacen sobre las colosales ruinas del nunca bien ponderado templo de Salomon. Allí la enseñan los hijos de Mahoma y la tienen en gran veneracion. El padre Livinio en su guía escrita en francés y en italiano, opina que la piedra que los musulmanes enseñan en la mezquita El-Acxa, no puede ser la mitad que falta de la *piedra de la Ascension*, porque en la de El-Acxa el color es más claro, la huella mas moderna y se revela perfectamente que esa piedra ha sido serrada; mientras que en la del monte de las Olivas nada brusco se percibe, y la piedra comienza á desaparecer en visel, como si lentamente hubieran ido quitando fragmentos de ella. Yo he visto tambien la piedra que los musulmanes enseñan en la mezquita El-Acxa, y creo con el padre Livinio, que aquella piedra no ha sido arrancada de la que existe en la cumbre del monte Olivete, y que la mitad de ésta, que ha desaparecido, robándonos la huella del pié derecho de Cristo, ha sido desprendida pedacito á pedacito, durante muchos siglos, por el entusiasmo religioso de los peregrinos que allí acuden á orar, y que llenan con sus nombres las paredes de la mezquita. Yo no escribí el mio: ¿qué importa un nombre más? Yo me contenté con besar dos veces la huella del pié de Cristo.

Cuando salimos de aquel venerando lugar, por más que sea una mezquita, y una mezquita humilde, me preguntó mi compañero fray Manuel Yu

vero—"Si queria subir al minarete;" yo no deseaba otra cosa, porque ni en Alejandría, ni en el Cairo, ni en Suez, ni en Port-Saïd, en ninguno de los pueblos musulmanes que he recorrido durante mi viaje, he tenido ocasion de disfrutar ese placer. La subida á aquel es difícilísima, no solo por la extraordinaria estrechez de la escalera, sino tambien por su forma de caracol; mas el panorama que desde su ochavada galería se ofrece á la vista del viajero es encantador, es quizá el más bello, y de seguro el más rico en recuerdos que he presenciado en mi vida. La hora era muy á propósito para esta clase de contemplaciones: ya el sol se hundia en el confin del ocaso, y sus últimos rayos, ráfagas de púrpura y oro, teñian el diáfano azul del cielo. Al Occidente se descubre el valle de Josafá; la ciudad entera de Jerusalem, que se despliega en forma de anfiteatro, con los modernos establecimientos piadosos edificadas por rusos y franceses en sus ejidos; al Sur Oeste el camino de Bethlem y el Desierto de Elías; al Sur las montañas de Moab, con los países que ocupó un dia la tribu de Ruben; al Norte los campos que ocupó la tribu de Efrain, y al Oriente, despues de perderse la mirada por las áridas cordilleras sobre las que se extiende el desierto de la Judea, va á terminar á las siete ú ocho leguas en las frondosas llanuras que formaron en otro tiempo la Tierra de Promision, en las bellas márgenes del Jordán, que se conocen por su amenidad, y en el Mar Muerto que tranquilo é imponente, yace inmóvil

sin olas, ni flujo ni reflujo, cual inmenso plano de cristal tendido entre las montañas de la Judea y de Moab. Los instantes que pasé en la barandilla de aquel minarete que se eleva ochocientos cuarenta metros sobre el Mediterráneo, han dejado gratisimo, imperecedero recuerdo en mi alma.

Montados otra vez en nuestros jumentos, comenzamos á bajar de la cumbre del monte Olivete por un estrecho sendero que amenizaban multitud de olivos, de higueras silvestres y otros árboles desconocidos, segun creo, en Europa. Algunos minutos hacia que caminábamos, cuando parándose nuestra comitiva, me dijo fray Manuel Yuvero, señalando un punto en el que ya nada se conserva de un oratorio que allí construyeron los cristianos:—Aquel lugar se llama *la roca blanca*; una antiquísima tradicion transmitida por San Epifanio, dice: que cruzando por allí Santo Tomás, el cual no se encontró con los demás apóstoles en el entierro de la Virgen, la vió remontarse á los cielos; que mientras el santo contemplaba de rodillas la gloriosa Asuncion de María, María al perderse ya entre los purísimos rosicleres del eter, dejó caer una cinta al mismo lugar en que se encontraba el santo. Esta cinta se conserva en PRATO de Toscana.

Pocos minutos despues volvimos otra vez á pararnos, y haciéndome mis compañeros fijar la atención en un pequeño recinto, que se alza entre dos senderos, uno que va á *Viri Galilei* y otro á *Zei-*

tun, me advirtió uno de ellos:—En aquel lugar estaba la Santísima Virgen cuando el arcángel San Gabriel le anunció que dentro de tres días se uniría en el cielo con su divino Hijo. « Esta tradicion, debida tambien á San Epifanio, ha sido conservada y transmitida por Juvenal, obispo de Jerusalem, por Metophrasto y Nicéforo. Continuando la bajada, nos encontramos despues de algunos minutos en el valle de Josafá.

Es el valle de Josafá la falda del monte de las Olivas, comprendida entre el huerto de Gethsemani al Norte, aunque algunos lo alargan algo más por esta parte, el torrente Cedron al Occidente y la aldea de Siloe al Sur. El predestinado valle de Josafá ofrece hoy un aspecto árido, severo y melancólico; en él se encuentran los sepulcros de Josafá, de donde toma su nombre, de Absalon y de Zacarías, todos los cuales á treinta ó cuarenta metros uno de otro forman una línea recta paralela á las murallas de Jerusalem, á bastante distancia de estas, y separada de ellas por el torrente Cedron: los judíos han elegido para su enterramiento el valle de Josafá, por lo que hoy se encuentra cubierto de tumbas. Los citados sepulcros de Absalon, Josafá y Zacarías, que este es el orden en que se hallan colocados, son magníficos mausoleos, de grandes dimensiones, labrados en piedra, constituyendo el de Absalon un monolito: sin embargo, algunos creen sin bastante fundamento, que aquellas preciosas obras de arte no son

los sepulcros de los referidos personajes bíblicos, sino monumentos erigidos en honor á su memoria. Despues de meditar algunos instantes en el valle de Josafá, despues de contemplar el mágico panorama que al comenzar la noche ofrecia desde allí la Ciudad Santa con su terrible quietud, con su sepulcral silencio, seguimos hácia el Norte por una estrecha vereda, y dejando á la derecha el huerto de Gethsemaní, y cruzando el torrente Cedron, entramos en Jerusalem por la puerta de San Estéban, antes de *Josafá*.

PRIMER PASEO

DENTRO DE LOS MUROS DE JERUSALEM.

Viérnes 9 de Marzo.

San Estéban.—Piscina probática.—Escala santa.—Casa de Pilatos.—Lugar de la flagelacion.—Arco del Eccé Homo.—Alfonso de Ratisbone.—Monte Sion.—El Cenáculo.—Tumba de David.—Casa de Caifás.—Lugar de la casa de María.—Templo de Santiago el Mayor.

I.

Pocos dias trabajé tanto en mis apuntes sobre la Ciudad Eterna como el de que vamos á ocuparnos: la noche anterior tomé un *dragoman*, es decir, una persona que me acompañase y me prestara sus servicios. Este dragoman, recomendado por fray Francisco Argote, almacenero de San Salvador, viste á la europea, pero con *talbuchs* ó gorro turco; se llama Rafael, y me dejó muy satisfecho de su carácter y conducta.

A las siete de la mañana salimos de Casanova á pié fray Manuel Yuvero, que tanto y tan cariñosamente me acompañó durante mi permanencia en